

María Markotegi Ijurko

VI-1994

Nació en Pamplona en 1963.

Diplomada en Magisterio y Geografía e Historia, ha realizado estudios de posgrado en desarrollo cultural. También ha cursado estudios de gestión empresarial y deportivos, así como de gestión bibliotecaria y de varios idiomas.

Entre sus premios literarios destacan los concursos: *III certamen de narrativa*, Ansoáin 1989; *Egin* 1989; *Poesía del Ayuntamiento de Pamplona* 1990; *Novela Joven & Brillante*, Universidad Complutense de Madrid, 1993; y *Pedro de Atarrabia*, Villava, 1994.

En 1990 disfrutó de una «Beca a la creación literaria» y nunca descuida sus colaboraciones en revistas y radio.

SÓLO LOS DISTRAÍDOS CREEN EN LA REALIDAD



Cada mañana, desde que decidiera recluirse del mundo, repetía los mismos ritos con insistencia, como si solo el tiempo les confiriera el carácter de reales. Despertaba tarde, como todo buen escritor, para entregarse a un espejo que siempre se le antojaba extraño. Aunque el diario reencuentro con las patillas, con un flequillo soso, teñido ya de color ceniza, lograba despertarle de la aspereza de los sueños laberínticos, oscuros e incomprensibles de su memoria, no identificaba el nacimiento de aquella maraña de canas. Le costaba identificarse en la imagen de aquel hombre maduro, perfilado por el alcohol y por el ritmo de victorias sociales que el recuerdo se empeñaba en olvidar. Un aseo rápido y poco concienzudo garantizaba la huida de aquel otro yo ajeno.

La salida de la habitación encaraba rumbo a la terraza donde un almuerzo anónimo acompañaría a la reflexiva prensa londinense, único vicio que se permitía cada mañana. Desde su adolescencia se había autoprohibido la lectura de los rotativos nacionales, que tanto lo confundían, sumándose a la larga lista de adeptos a la tranquilidad anglosajona, capaz de encarar un descuartizamiento con la misma flema con la que reflejaba las cotizaciones de la bolsa internacional.

Le contrariaba romper mínimamente la cuidada rutina matinal por lo que, al observar a aquel extraño ocupando su silla favorita, percibió el rigor de unos celos que creía enterrados con su última e inolvidada historia de amor.

Se sentó frente al usurpador mientras observaba la sombra que el viejo sauce llorón dibujaba sobre aquel rostro.

–Su wisky, señor Maler –explicó la voz del camarero al extranjero–. Me he permitido traerle su acostumbrada prensa. Como puede usted observar ya ha sido ojeada por lo que el director le ruega acepte humildemente sus disculpas.

El señor Maler no respondió, limitándose a lanzar una mirada escrutadora al rostro de su compañero de terraza.

–¿Desea algo más el señor? –preguntó el camarero.

–No, gracias.

El muchacho pasó delante suya sin reparar en la orfandad que presentaba su mesa. Le molestaba no comenzar la jornada con un café cargado pero mayor angustia le producía la imposibilidad de entregarse con total impunidad a la resolución del crucigrama del Times. Aquel señor Maler había obviado los derechos que le correspondían y llevaba ya un buen rato peleándose con las palabras. Enfrentarse a un periódico ultrajado por otros ojos era menos lacerante que una prensa previamente emborronada. En aquel instante el desconocido señor Maler fue transformado en su más acérrimo enemigo.

Observó los gruesos dedos, la mano manchada por los verdes leños de una inapagada chimenea y, las uñas, amarillas y pinceladas por una profusión inordenada de gotas de tinta. Giraba entre los dedos sin control su Inoxcrom 55 mientras pensaba cómo sustituir el vacío de los cuadros por grafías preestablecidas. Aquella visión le resultaba humillante y, sin embargo, aunque no podía precisar cuándo, creía situar entre sus recuerdos aquel rostro aceitunado y cansado. Le resultaba familiar el traje de lana marrón del señor Maler; él mismo se había comprado uno igual cuando logró cobrar el último premio literario. Aquel día el espejo le devolvió la imagen de un triunfador. Hacía mucho tiempo que no había vuelto a sentir una sensación tan cálida como aquella. Esa era la figura que creía se correspondía fielmente a la suya, no la que asomaba cada mañana al espejo. Aunque ambos pudieran tener idén-

ticos gustos, la antipatía y el recelo con las que el tipo lo agraviaban no auguraban un futuro en paz.

Pese a su larga experiencia clasificatoria (a la que se había visto abocado por necesidades de su profesión), las características que definían al usurpador no casaban con la idea previa que, de él, le habían transmitido sus sentidos. El desaliño, la forma de enfilar la estilográfica, su porte; indiscutiblemente se hallaba ante un escritor. La idea misma le atormentaba. Le desasosegaba compartir espacio con otros seres vivos, máxime cuando aquellos podían construir Universos que, acaso, le habían estado destinados. Decidió asegurarse de ello antes de lanzarse a un sentimiento que se le antojaba muy humano: la destrucción del semejante. Sus ojos parecían no querer responder a una ansiedad cada vez más acuciante.

Un manuscrito, un manoseado manuscrito con anónimas tapas de plástico bermellón provocó en él el ánimo necesario para sobrevivir una jornada más.

Resolvió ordenar las ideas de forma matemática. Primero, como si ya se viera frente al estrado acusador, preparó un plan basado en las casualidades. Un plan que, por su nimiedad, alejara el más mínimo atisbo de apropiación indebida relacionada con su persona. Decidió, pues, hurtar el escrito de forma que su ausencia fuera tomada por un olvido o pérdida. Comenzó a calcular las posibilidades que tenía de que aquel sujeto abandonara la mesa dejándolo sobre ella: pocas, siempre existían almas caritativas que reclamaban a uno la distracción de algo propio. Efectuar una llamada anónima subrayaría la ausencia del futuro libro como la del auténtico robo que pretendía ser. La casualidad lo sacó de aquel universo de irrealidades. Desde lo abstracto una mujer consiguió que el señor Maler distrajera su atención de la prensa, de la existencia misma. La casualidad logró que nadie se fijara en el manuscrito; ella misma modificó la posesión del preciado bien.

Ocupado el extraño entre las vaguedades del querer, él volvió a ocupar su puesto de siempre en la terraza mientras un camarero solícito colocaba frente a él la bondadosa copa de wisky que lo abstraía de neuras nocturnas.

Como si aquel acto impúdico fuera natural y no reflejara sino la reflexión sobre la propia obra escrita, abrió la carpeta para pasar a sufrir un ataque de desesperación. Bajo el epígrafe: «Por una calle estrecha», estaba su propio nombre: César. Procuró recordar el instante en el que decidió el título de su último libro, ahogado en el calvario de aquel pueblo perdido, solitario y obtuso. Quiso al pequeño gérmen de novela desde que resolvió su título; representaba su personal forma de salir del marasmo de ideas, de la confusión de decenas de noches atormentadas entre el temblor y el miedo a los sueños. Se aferró a aquella primera página no deseando cortar el cordón umbilical que lo mantenía consciente, genial. Luego, muy despacio, comenzó a pasar las páginas una a una, estudiando con detenimiento una galería de personajes que sólo él creía poder resucitar de entre las sombras.

Cuando, agotado ya por la lectura, llegó a la corrección final con la que acostumbraba a apostillar sus escritos, la profunda complejidad de sentimientos que le asaltó le asombró a él mismo.

Aquella última frase se le había trabado especialmente pues quería suscitar en su ánimo el suspense necesario para lanzarse entre las líneas una noche más. Terminó con un: «Comenzó a andar más despacio», pero, tras mucho pensar, tachó un «más» que se le antojaba cercano y resoluto, dejando abiertas las puertas a la intriga nocturna con un: «Comenzó a andar despacio, sin rumbo».

Miró con rabia los interrogantes con los que un supuesto señor Maler se había atrevido a enmarcar su frase. Se equivocaba. Aquella era la expresión perfecta para él, que sólo vivía al atardecer, perdido en un abismo en el que concluía toda posibilidad de escape.

Se enfrentó a la repugnancia que producían en él las interrogaciones para intentar dominar la película que, una y otra vez, cobraba vida entre los deseos de su cuerpo. Conocer la pesadilla que lo reprimía no servía para ahuyentarla. Veía su imagen repetida una y otra vez a la par que contemplaba el cuerpo inerme de un hombre. Aunque en el drama no se sugiriera nada acerca de aquel

fatal desenlace él se sentía partícipe de la escena como el Demiurgo que la generaba. Nunca hasta entonces había podido ver el rostro del muerto pero, ahora, aún sin llegar a ver su cara, conocía su nombre. Su nombre era... señor Maler.

–Don César, ¿se encuentra mal? –preguntó la voz del camarero.

El aludido le miró sin lograr verle, tratando de rescatar de entre las figuras aquella que presentara la del camarero acercándose a su mesa. No la encontró.

–¿Lleva mucho tiempo observándome? –inquirió don César.

–Apenas unos segundos pero creí que necesitaba ayuda –respondió el muchacho.

–Y, ¿puedo saber cómo llegó a dicha conclusión? –volvió a preguntar don César.

–Sus ojos –dijo el camarero–. Sus ojos quedaron en blanco, con el gesto al frente, como si pudiera ver algo que lo aterrorizara.

–No es nada –respondió don César–. Es una técnica que utilizo para descansar. –Y, volviendo la vista al manuscrito, ignoró el estúpido interés de alguien lejano, así como la cortesía necesaria en tal situación. Hacía tiempo que dejó de ser una persona correcta, atenta, desde entonces, dejó de importarle cualquier mundo ajeno a él mismo y a sus fantasías.

Necesitaba concentrarse en el señor Maler. No sabía si tenía acceso a su habitación, o si, por el contrario, había obtenido el escrito a través de una de aquellas empleadas de la limpieza, empeñadas en reorganizar su cubículo cada día. Era extraño, no notó la ausencia de su historia hasta que la encontró, infiel, en manos del desconocido.

En su habitación, desnudo de ideas, no sintió pudor alguno al emborronar los papeles que recogiera en la terraza. El temor le inspiraba. La posibilidad de que sonara la puerta y de que lo acusaran del robo de su propia obra recorría la boca de su estómago con una calidez cansina.

Acogió como propias las ideas danzantes de los márgenes, palabras que se engrandecían al contacto con el sexto dedo de la mano, transformando los modestos y rutinarios párrafos en el mundo de fantasía que precisaban sus sentidos.

De pronto recordó una pregunta del pasado que no supo contestar y que, de pronto, se tornó clara en su interior. Ahora sabía perfectamente cuándo termina un escritor de escribir o, al menos, cuándo terminaba él de escribir.

El wisky revoloteaba danzarín a la par que se desdibujaban lentamente palabras, frases, el texto mismo.

¡Qué difícil le resultaba creer en la existencia cuando soñaba con la idea misma de la muerte!

Escribir. Dejaría de escribir cuando muriera. La escritura se había convertido en el único nexo capaz de conectarlo con la realidad de las letras. Acaso, ¿la realidad, en sí misma considerada, no era sino una quimera?

Le dolía la frente de forma insultante, con una intensidad tal que texto, frases y palabras mismas volvieron a dibujarse obedientes en el papel, cobrando la forma y el lugar al que siempre habían pertenecido.

Muy pronto se sintió indignado con la obra; despierta la rabia con el agente causante del miedo, de la culpa pero, ante todo, con el verdugo de la muerte pues él era el único motivo que lo impulsaba a mantenerse a flote al devenir de los días.

Preso de una viva agitación se encontró con un sin número de cuartillas emborronadas en un lapsus de tiempo que él creyó perdido en el holgazanear del alcohol. Sus uñas tenían la virtud de ennegrecerse con la escritura, como si tal acto produjera inconscientemente en su organismo una dosis de sudor liberador. Las yemas de los dedos, por el contrario, quedaban agitadas por una miríade de inoportunas gotas de tinta azul. La imagen de aquel desorden corporal trajo a su mente el recuerdo del otro, del señor Maler. En aquel instante no le costó girarse bruscamente, de forma juvenil, y ver la salida de su guarida, parapetada por frágiles columnas de libros, revistas y anuarios.

Andar deprisa, único objetivo en aquel amplio pasillo, custodiado por ingentes macetones de plantas olvidadas. Andar deprisa, algo así como sentir en la espalda la fuerza de una mano determinante que lo empujaba a colocar su manuscrito en un lugar apto para que otro lo encontrara. Le estrangulaba el ánimo pensar que dedos ajenos a los suyos rozarían los cadáveres de grafías que arrojara en el papel. Tal era su destino: despertar a la ilusión.

Ahora, sobre la mesa, el cuerpo inerte de tantas letras soñadas yacía excitado ante la sensación que le imprimía el golpear de los extraños ojos.

–¡Don César!.. ¡Don César!.. –La voz siempre solícita del camarero lo volvió en sí.

–¿Qué ocurre?, ¿me urge otro wisky? –preguntó preocupado por su incapacidad de dotar a las preguntas de la genialidad que se le supone a todo buen escritor.

–Señor, el manuscrito que perdió esta mañana ha sido encontrado por el señor Maler, el escritor. Me ruega le felicite por tan genial obra y admita sus disculpas por haber procedido a su lectura.

Sintió que todos los adjetivos del mundo se le agolpaban en la punta de los labios, recelosos a la aventura de los sonidos. Entonces percibió su derrota. Cogió el futuro libro tranquila, metódicamente y, como si de un rito mil veces repetido se tratara, se enfrascó en una lectura apoteósica.

Nunca hasta ese instante supo por qué escribía.

Había terminado el riguroso examen de la obra y decidió que no faltaba nada. Aunque un secreto e inesperado punto hablaba ahora del escrupuloso, justo y autoritario final unas horas antes, en plena euforia etílica, creyó que lo fundamental aún no había sido perfilado. Maler, Maler, él con sus ojos chispeantes y mortecinos supo encontrar el instante último de la batalla. Tenía veintiseis años cuando escribió su primer relato. Recordaba la impresión que recibió al sacar el folio amarillento y sucio de la máquina para que otro, ajeno a su mundo de sensaciones, pusiera el final a sus pensamientos.

Un aplomo desconocido reverdeció en su ánimo. Se sentía lúcido. Sabía de una pistola poética, inofensiva, que llegó a sus manos a través de un italiano pequeño y gris que se cruzó en su vida con la misma vertiginosa rapidez con la que se diluyó.

Urgido por el tiempo encontró la mencionada arma: un pequeño revolver negro con empuñadura de madera, grácil y débil al tacto: Umarex Python. Se detuvo un buen rato con el objeto de memorizar los datos ajenos a la propia consistencia de la pistola. En su lomo derecho dos números la sajaban: C353 y 209714. Se sentía aún ajeno a la prolongación metálica de su brazo, ajeno, ajeno hasta el momento que descubrió toda una serie de números cuidadosamente desdibujados bajo la cifra 209714. En aquel instante concibió su plan, una extraña secuencia que condenaba al violador de su prosa.

No tuvo que plagiar ninguna de las imágenes de los sin número de telefilmes americanos con los que aturdía el sonido de la tarde.

El futuro muerto le salió al encuentro en el pasillo. Centenares de actores habían caido frente a él en el Oeste americano, en una calle cualquiera de Nueva York, de Los Angeles o Hong Kong, en los estibadores de un muelle, al pie de una carretera, en una casa, en el bosque o en el más anónimo rincón, pero nunca hasta ese momento se le desdibujó la vida.

El pasillo le pareció infinito. En los ojos cristalizados del señor Maler pudo ver reflejada la pequeñez de su propio cuerpo, momentáneamente agrandado por la posesión del arma lírica. Las manos, otrora ágiles, ocurrentes y frescas se crisparon ante el rigor del fatal disparo. El cuerpo mismo se deshizo de su armazón y se resbaló de la existencia para pasar a integrarse entre los elementos olvidados del suelo.

Don César se encontró con la voz del casi finado:

–Para la próxima vez que me mate le ruego me ahorre tánta sangre.

El escritor evitó volver a encontrarse con los ojos del escritor y sólo un dolor premeditado tiempo atrás lo llevó a congraciarse

–un segundo apenas– con el cuerpo triste y abandonado del señor Maler.

Levantó la vista: dos macetas de color indeterminado y una ventana abierta fueron el último recuerdo que conservó de la escena. Después, cuidadosa y tranquilamente, se fue.

Viernes, 3 de Diciembre de 1993

ECE. Don César Maler, premio nóbel de literatura, ha fallecido esta madrugada en su domicilio de San Rafael. Aunque la familia no ha revelado las circunstancias que rodean su muerte se especula con la posibilidad de que un ataque de corazón fuera el causante de tan dolorosa pérdida.

El entierro del escritor tendrá lugar en el cementerio civil de Semprén mañana día 4 de Diciembre.

El autor, que llevaba seis años sin publicar, deja tras su muerte un manuscrito inédito: «Por una calle estrecha», obra que recrea la idea del suicidio de Dios.

Su viuda, la filósofa Fernanda Marla, quien aseguró encontrarse «perfectamente», abre las puertas de su casa para recibir mensajes y visitas de condolencia entre las que destacan la de SSMM los Reyes.

San Rafael

6-Diciembre-1993

¡Querido hijo!:

Sabrás por la prensa de la muerte de César. Ya que ninguno de nosotros hacemos grandes conmemoraciones con los acontecimientos de nuestra familia me decido a escribir con el objeto de aclararte las circunstancias reales de su óbito.

Desde que César recibió el encargo de escribir su última novela apenas pude verle (hecho por otra parte bastante habitual en

nuestra relación) aunque sí observarle en sus alocadas carreras pasillo abajo, pasillo arriba por toda la casa.

Vivió cuatro meses identificados con el más puro ascetismo alimenticio compensado, tan sólo, por una inagotable avidez de wisky. Al comienzo del segundo mes de escritura pasó por una de sus crisis nerviosas que, creemos, subrayo aún más su aguda esquizofrenia. Fue por esos días cuando rescató del viejo armario del desván sus trajes progresistas, dedicándose, después, a entablar extraños diálogos consigo mismo.

Pensarás encontrarte ante la eterna dramaturga pero, te diré, que fui consciente de su abatimiento a través de las letras. Remarcar que aunque el pudor creativo le impidiera dejar leer una sola página de sus libros hasta la edición en este último proceso relegó el anterior celo en pos de una memoria olvidadiza y puntual. Chimenea, patio, terraza, biblioteca, fueron los lugares en los que más habitualmente encontrábamos sus cuadernos. Estoy segura de que censurarás mi curiosidad pero sólo a través de ella fui consciente de su futura muerte, ante la cual me preparé y de la que alerté a los criados.

El día de su fallecimiento recorrió en una interminable carrera todos los pasillos de la casa hasta llegar al punto en el que lo encontramos: frente a la ventana que daba al patio, aquella en la que te gustaba encaramarte para ver el río.

Habrás llegado ya a la conclusión de que no fue un ataque de corazón la causa de su muerte. Esa fue la noticia que filtré a la prensa para preservarlo de la ferocidad de lenguas voraces, aquellas que lo empujaron a su enfermedad después de la concesión del Nóbel, premio que, como bien sabes, trastocó su salud mental.

Encontré a César tendido en el suelo con el estómago abierto por una bala del pequeño revólver que le regaló Parasole por diez Pfennigs. No fue difícil convencer a médico y criados para que mantuvieran la reserva. Se vé que los favores que hizo en vida le compensaron la muerte.

Ahora que está enterrado dedico los días a ordenar los papeles de sus últimos años, a archivar la información que guardó de su particular historia. Escribiré una biografía de este último periodo, obviando, claro está, su cruel enfermedad, por lo que te ruego seas prudente y rompas esta carta a su lectura remitiéndome los pedazos de la misma para tener garantías de tu lealtad para con César.

Tu madre.

Fernanda Marla de Maler.